

Richard Powers

ORFEO



Del autor de *El clamor de los bosques*, Premio Pulitzer 2019.

En *Orfeo*, el compositor Peter Els abre la puerta de su casa una tarde para hallar a la policía en su umbral. Su laboratorio de microbiología casero, su último experimento en su carrera vital por hallar música en patrones sorprendentes, ha levantado las sospechas de Seguridad Nacional. Llevado por el pánico a la redada, Els se fuga, ganándose el sobrenombre de «el Bach Bioterrorista», y concibe un plan para transformar esa desastrosa colisión con el Estado de seguridad en una inolvidable obra de arte que redescubrirá a su audiencia los sonidos de su entorno.

Índice de contenido

Cubierta

Orfeo

Agradecimientos

Orfeo

Sobre el autor

Agradecimientos

Por mi narración en este libro sobre la creación y el estreno de *Quatuor pour la fin du temps* de Oliver Messiaen, le doy las gracias al excelente libro de Rebecca Rischin *For the End of Time*.

Una obertura pues:

Unas luces resplandecen en una casa de estilo craftsman de un barrio modesto, a última hora de una tarde primaveral, en el décimo año del mundo modificado. Las sombras bailan contra las cortinas: un hombre trabaja tarde, como todas las noches durante ese invierno, delante de unas estanterías repletas de objetos de cristal. Está vestido de calle, con gafas protectoras y guantes hospitalarios de látex, con el cuerpo giacomettiano encorvado como si rezara. Un flequillo beatle gris y todavía espeso le cuelga por delante de los ojos.

Examina un libro sobre la mesa de trabajo abarrotada de instrumentos. En la mano, una pipeta monocal inclina da como una daga. De un pequeño vial refrigerado extrae una cantidad de líquido incoloro menor de la que tomaría un sírfido del brote de una monarda. La gota, demasiado pequeña para asegurar que sigue ahí, va a parar a un tubo no más grande que el hocico de un ratón. Las manos enguantadas tiemblan al tirar la pipeta usada a la basura.

Otros líquidos van de los matraces al cóctel en miniatura: cebadores de oligos para comenzar la magia; polimerasas catalizadoras estabilizadas con calor; nucleótidos que se alinean, como reclutas a las cinco de la mañana cuando toca diana, a mil enlaces por minuto. El hombre sigue la receta impresa como un cocinero aficionado.

El brebaje pasa al termociclador para someterse a veinticinco ciclos de fluctuaciones, como en una montaña rusa, desde la casi ebullición hasta la tibieza. Durante dos horas, el ADN se funde y se recuece, atrapa nucleótidos libres y se duplica en bucle. Veinticinco duplicaciones convierten unos

pocos cientos de hebras en un número de copias superior al de personas sobre la faz de la Tierra.

Fuera, los árboles llenos de brotes se someten a los caprichos de la brisa. Una oleada de chotacabras insurrectos peina el aire en busca de insectos. El ingeniero genético aficionado retira una colonia de bacterias de la incubadora y la coloca bajo la cámara de flujo laminar. Remueve el matraz con el cultivo y reparte las células sueltas en una placa de muestras con veinticuatro pocillos. Coloca la bandeja debajo del microscopio a 400x. A continuación, acerca el ojo a la lente y observa el mundo real.

En la casa de al lado, una familia de cuatro ve el desenlace de Bailando con las estrellas. Una casa más al sur, la secretaria ejecutiva de una empresa inmobiliaria semicriminal organiza el crucero del próximo otoño a Marruecos. En el otro extremo de la doble extensión de jardines, un analista de mercados y su mujer abogada y embarazada están en la cama jugando al Texas hold'em y etiquetando fotos de una boda virtual con unas tabletas brillantes. La casa de enfrente está oscura; los propietarios se han ido a una vigilia nocturna de curación mediante la fe en Virginia Occidental.

Nadie se fija en el viejo bohemio silencioso de la casa estilo craftsman situada en el 806 de South Linden. El hombre está jubilado y a la gente le da por hacer de todo cuando se jubila. Por visitar los lugares de nacimiento de los generales de la Guerra Civil. Por tocar el bombardino. Por aprender taichí o coleccionar piedras de Petoskey o por tomar fotos de formaciones rocosas que recuerdan a un rostro humano.

Pero Peter Els solo desea una cosa antes de morir: liberarse del tiempo y oír el futuro. Nunca ha querido nada más. Y esta noche en que la primavera es de una sutilidad perversa, ese deseo parece tan razonable como cualquier otro.

Hice lo que dijeron que intenté hacer. Soy culpable de todos los cargos.

En la grabación, el zumbido del espacio profundo. Luego, una nítida voz de contralto dice:

—Urgencias del condado de Pimpleia, operadora doce. ¿Me indica el lugar de la emergencia?

Llega un sonido parecido al de una carraca envuelta en una toalla. Una fuerte palmada da paso a un traqueteo: el teléfono golpeando el suelo. Tras una pausa, un tenor, en el registro de estrés más alto, dice:

—¿Operadora?

—Sí. ¿Me indica el lu...

—Necesitamos asistencia médica.

Se produce un *crescendo* en la voz de contralto.

—¿De qué tipo de emergencia se trata?

La respuesta es un aullido bajo e inhumano. El tenor murmura:

—Ya está, cariño. No pasa nada.

—¿Hay alguien enfermo? —pregunta la contralto—. ¿Necesita una ambulancia?

Otro golpe sordo se convierte en una interferencia. El silencio termina con una O ahogada. Se entrecortan unas palabras rápidas, inidentificables pese al filtro digital y al refuerzo. Los sonidos de un consuelo fallido.

La operadora dice:

—¿Oiga? ¿Me puede indicar su dirección?

Alguien susurra una melodía apagada, una nana de otro planeta. Luego se corta la llamada.

Estaba seguro de que nadie oiría una sola nota jamás. Era una pieza para un auditorio vacío.

Los dos policías que aparcaron delante del 806 de South Linden en un coche patrulla añil ya se habían ocupado esa tarde de una sobredosis de antidepresivos, de un tumulto con rotura de muelas en una tienda de barrio y de un debate eugenésico con armas de fuego cortas. La vida despertaba en una ciudad universitaria de Pensilvania y la noche aún era joven.

La casa pertenecía a Peter Clement Els, un profesor asociado de la Universidad de Verrata jubilado tres años antes. La base de datos de la policía estaba limpia; parecía que el señor Els nunca hubiera cruzado un semáforo en rojo. Los dos policías —un joven con andares de lanzador de peso y una mujer algo mayor que miraba desconcertada a su alrededor mientras caminaba— tomaron el camino que conducía hasta los escalones de la entrada. Las ramas de arce traqueteaban con el viento primaveral. Una hilaridad apagada brotaba de una casa próxima, a dos jardines de distancia. Arriba, en las alturas, los dos motores de un vuelo de corta distancia rugían al acercarse al aeropuerto regional. Los coches pasaban como guadañas de un lado a otro de la autopista cuatro manzanas más allá.

El porche delantero estaba repleto de objetos pendientes de reubicar: una astilladora, un par de huesos de cuero mordisqueados, tiestos apilados, un inflador de bicicleta. El policía abrió la mosquitera y la mujer llamó a la puerta, preparada para cualquier cosa.

Algo destelló tras la ventana semicircular y la puerta se abrió. Un hombre demacrado y monacal apareció contra la franja de luz. Llevaba gafas sin montura y una camisa de cuadros abrochada hasta el cuello. Su pelo cano parecía cortado con un tazón por la mujer de un pionero. Un archipiélago de manchas de comida le salpicaba los pantalones de pana. Tenía los ojos en otro lugar.

Por detrás de él reinaba un ligero desorden. Había unas butacas estilo misión rodeadas de estanterías. Todas las superficies estaban cubiertas de libros, estuches de CDy velas

cubiertas de estalagmitas. Una de las esquinas de la alfombra persa raída estaba levantada. Los platos de la cena se apilaban en una mesita de café llena de revistas.

La agente estudió la escena.

—¿Peter Els? ¿Ha llamado a urgencias?

Els cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Mi perra acaba de morir.

—¿Su perra?

—Fidelio.

—¿Llamó al 911 por la perra?

—Una *golden retriever* muy bonita. De catorce años. Empezó a desangrarse de repente.

—¿Su perra estaba enferma —dijo la mujer con la voz decaída por el peso de la humanidad— y no llamó a un veterinario?

La parte culpable bajó la vista.

—Lo siento. Ha sido un infarto, supongo. Estaba revolcándose por el suelo y aullando. Me mordió cuando intenté moverla. Pensé que si alguien me ayudaba a aplacarla...

Detrás de otra puerta, al fondo de un pasillo que partía del salón, una colcha verde cubría un bulto tan grande como un niño acurrucado. El policía lo señaló. Peter Els se dio la vuelta para mirar. Cuando se volvió de nuevo, su rostro era el anagrama de la confusión.

—Habrás pensado que la estaba castigando. —Sostuvo la puerta medio abierta y examinó el techo—. Siento haberles molestado. Creí que era una emergencia.

El policía hizo un gesto hacia el bulto.

—¿Podemos echar un vistazo?

Els se estremeció.

—¿Para qué? Está muerta.

Después de una pausa incómoda, se hizo a un lado.

En el salón de Els, los uniformes parecían más rígidos y más cargados de quincalla. Los tres muros de estanterías atestados de libros y CD desde el suelo hasta el techo des-

concertaron al policía. Cruzó la puerta y recorrió el pasillo para destapar el bulto que yacía en el suelo.

—Esta perra confiaba en mí —dijo Els.

—Los *golden* son buenos perros —comentó la mujer.

—Esta quería a todo el mundo. Me sorprende que durara catorce años.

El agente recolocó la colcha sobre el cadáver. Volvió por el pasillo y se apartó de la puerta. Se toqueteó el cinturón: porra, esposas, comunicador, llaves, espray de pimienta, linterna, pistola. El nombre de la placa era Mark Powell.

—Tendrá que llamar a la Sociedad Protectora de Animales.

—Había pensado... —Els señaló con el pulgar hacia la parte de atrás—. Enterrarla como es debido. Le encantaba estar ahí fuera.

—Tiene que llamar a la Protectora, caballero. Es por motivos de salud pública. Si quiere le damos el número.

—¡Ah! —Peter Els levantó las cejas y asintió, como si todos los misterios del mundo al fin cobraran sentido.

La policía le dio el número y le aseguró que la ley obligaba a llamar a la Protectora, pero que era un trámite sencillísimo.

El agente Powell escudriñó las estanterías de CD: miles de discos, la última tecnología obsoleta. Junto a una de las paredes había una gran estructura de madera, como un burro para la ropa. De ella colgaban varias garrafas de cristal cortadas, suspendidas mediante unas cuerdas.

Powell se tocó el cinturón.

—¡Madre santa!

—Son unos cuencos de cámara de nube —dijo Els.

—¿Cámara de nube? ¿Eso no es una especie de...?

—Se llaman así, nada más —contestó Els—. Son para tocar música.

—¿Es usted músico?

—Antes era profesor de composición.

—¿Escribía canciones?

Peter Els arqueó los codos e inclinó la cabeza.

—Es más complicado que eso.

—¿Más complicado por qué? ¿Compone techno-folk? ¿Ska psychobilly?

—Ya no escribo casi.

El agente Powell levantó la vista.

—¿Por qué?

—En el mundo hay mucho de todo.

El comunicador del cinturón del agente siseó y una voz femenina emitió unas instrucciones fantasmales.

—Es cierto. Hay mucho de todo.

Los policías retrocedieron hasta la puerta de la casa. Junto al comedor había un estudio con la puerta abierta. Las estanterías de la habitación estaban atestadas de matraces, tubos y botes con etiquetas impresas. Había una nevera mediana junto a una larga encimera sobre la que descansaba un microscopio compuesto conectado a un ordenador. El brazo blanco metálico, los oculares negros y el objetivo metálico le daban la apariencia de un soldado imperial. En la pared opuesta, una mesa de trabajo cubierta de más accesorios recibía la luz de las pantallas de cristal líquido.

—¡Vaya! —dijo el agente Powell.

—Mi laboratorio —explicó Els.

—Pensé que escribía canciones.

—Es un pasatiempo. Me relaja.

La mujer, la agente Estes, frunció el ceño.

—¿Para qué son todas esas placas de Petri?

Peter Els movió los dedos.

—Para que vivan las bacterias. Como nosotros.

—¿Le importaría si...?

Els se echó hacia atrás y observó la insignia de su interrogadora.

—Se está haciendo un poco tarde.

Los policías cruzaron la mirada. El agente Powell abrió la boca para explicarse, pero se detuvo.

—Está bien —dijo la agente Estes—. Sentimos lo de su perra.

Peter Els sacudió la cabeza.

—Se sentaba a escuchar durante horas. Le gustaban todos los tipos de música. Incluso canturreaba.

Cuando los policías se marcharon, el viento había amainado y los insectos habían detenido sus inquietantes exploraciones. Durante medio compás, mientras bajaban hacia la acera, llegó una calma que rozó la paz. La oscura tranquilidad duró todo el camino hasta el coche patrulla, donde la pareja comenzó a hacer llamadas.

¿En qué pensaba? En realidad, en nada. Siempre he pecado de pensar demasiado. Esto era acción pura y dura.

La perra solo contestaba al nombre de Fidelio desde la primera vez que Els la llamó así. La música la extasiaba. Le encantaban los intervalos paralelos, preferiblemente de segunda, mayores o menores. Cuando cualquier ser humano mantenía una nota durante más de un segundo, no podía evitar acompañarlo.

El canturreo de Fidelio seguía un método. Si Els emitía un re, la perra soltaba un mi bemol o un mi. Si Els cambiaba a la nota de Fidelio, el perro subía o bajaba un semitono. Si un coro humano entonaba un acorde, la perra cantaba una nota que no estuviera en él. Fuera cuales fueran las notas, Fidelio siempre encontraba una que estuviera ausente.

En el aullido de la criatura, Els oía las raíces de la música: la sociedad sagrada de las pequeñas disonancias.

Los pocos estudios serios que Els había encontrado sobre la musicalidad en los perros sugerían que estos animales contestaban a una distancia de una tercera, pero Fidelio se aproximaba un tono a cualquier nota que Els cantara. La

investigación sobre los efectos de los géneros musicales en los perros afirmaba que el heavy metal los ponía nerviosos, mientras que Vivaldi los sedaba. Nada sorprendente: Els declaró una vez, en una de las pocas entrevistas que le pidieron durante su carrera, que *Las cuatro estaciones* deberían ir acompañadas de las mismas advertencias que cualquier tranquilizante. Eso fue años antes del nacimiento de la industria para calmar a las mascotas: *Música para perros, vol. 1; Relajación para mascotas; Canciones para cuando usted no está en casa*.

A los veintiún años, Els veneraba a Wagner. Así fue como conoció a Peps, el *spaniel* musa y coautor de *Tannhäuser*. Peps se tumbaba a los pies de Wagner, bajo el piano, mientras su dueño trabajaba. Si un pasaje no le gustaba, saltaba al escritorio y aullaba hasta que Wagner abandonaba la idea. Hubo un tiempo en que a Els le habría venido bien un crítico tan sincero; Fidelio habría cumplido bien con esa función. Pero cuando llegó el animal, Els ya había dejado de componer.

Como Peps, Fidelio era bueno para la salud de su dueño. Le recordaba a Els cuándo debía comer o salir a pasear. Y no pedía nada a cambio, solo formar parte de esa jauría de dos, ser leal a su alfa y sentirse libre para aullar cuando sonara la música.

Els había leído acerca de otros perros musicales. El *bull-dog* Dan, inmortalizado en la undécima de las *Variaciones Enigma* de Elgar, les gruñía a los cantantes que desafinaban. El *bull terrier* Bud interpretó un popurrí de Stephen Foster en la Casa Blanca para Eleanor y Franklin D. cinco años antes de que Peter naciera. Treinta años después, mientras Els deambulaba por un *happening* de John Cage en Urbana (Illinois), Lyndon Johnson y su perrillo Yuki formaron un dueto televisivo ante una nación estupefacta. Durante las tres breves décadas transcurridas entre Bud y Yuki, los biplanos dieron paso a los cohetes lunares y la lámpara de Aldis se convirtió en ARPANET. La música transitó desde

Copland a Crumb, desde «A Fine Romance» a «Heroin». Pero en la música canina no había cambiado nada en absoluto.

Las ganas de cantar de Fidelio nunca menguaron. La insaciable sed de novedad no era para ella. Nunca se cansaba de los clásicos más trillados, pero tampoco reconocía nada de lo que Els le tocara, aunque lo oyera con frecuencia. Una danza perpetua y emotiva en un eterno «permanecer en el ahora»: así se tomaba ella todas las piezas que oían juntos, noche tras noche, durante años. Fidelio adoraba los grandes hitos del siglo XX, pero reaccionaba con la misma felicidad a las campanillas digitales de un camión de helados a varias manzanas de distancia en una tarde de verano. Tenía un conocimiento especializado que Els habría cambiado por el suyo propio con los ojos cerrados.

No tenía ni idea de lo que sucedería. Es el problema que tiene crear. Que nunca lo sabes.

¿Era esa tonalidad... un don divino? ¿O esas proporciones mágicas, como todo lo humano, eran unas reglas provisionales que podían romperse para alcanzar una libertad más implacable? Fidelio se convirtió en el animal de laboratorio de Els, en su experimento sobre los principios universales de la música. La perra se ponía nerviosa solo con ver que Els sacaba la funda del clarinete de su infancia. Llegaba la hora del dúo: empezaba a ladrar antes de que Els tocara una sola nota. Lo primero era comprobar la equivalencia de octava. Els emitía una nota y la perra contestaba con un intervalo lúgubre. Pero si el clarinete saltaba una octava, el animal se mantenía firme como si la altura no hubiera cambiado.

El experimento convenció a Els de que su perra oía las octavas tal y como las oían los humanos. Las octavas esta-

ban asentadas en el cuerpo, eran una realidad constante no solo en las distintas culturas, sino también más allá de los genomas. Al saltar de do a do, sin importar cómo se dividieran los pasos intermedios, otras especies también oían que las notas se volvían sobre sí mismas como un círculo cromático.

Solo a un loco le importaría algo así. Pero la respuesta de Fidelio emocionó a Els. Le recordó todos los años que se había pasado forzando el oído humano para llegar a lugares donde no habría ido por gusto, en busca de las matemáticas musicales que le proporcionarían un atajo hasta lo sublime. Fidelio, esa feliz criatura que ladraba con los caprichos del clarinete de Els, daba a entender que en la música había algo más allá del gusto, algo integrado en el cerebro evolucionado.

Els había invertido su vida en encontrar ese detalle tan elevado. Algo espléndido y perdurable que se escondía bajo la gastada superficie de la música. En algún lugar detrás del pentagrama conocido había constelaciones de notas, secuencias de tonos capaces de poner la mente en su sitio.

Aún creía que eso existía. Pero con la muerte de su perra y la suya propia en lista de espera, ya no creía que fuera capaz de hallarlo en esta vida.

Quizá cometí un error. Pero como dice Cage, el «error» es irrelevante. Una vez que algo pasa, es real.

Salió al jardín trasero con una linterna, una pala y un bulto envuelto en una colcha. Escogió un sitio junto a un seto de boj que a Fidelio le encantaba marcar. La pequeña parcela estaba cubierta con una densa capa de hierbajos. La vida ofrecía un exceso despilfarrador que no dejaba de asom-